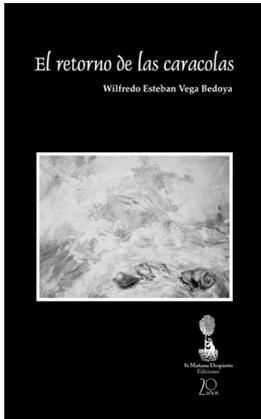


El retorno de las caracolas: El abismo y la memoria



Gabriel Alberto Ferrer Ruiz
Universidad del Atlántico

Vega, Bedoya, Wilfredo Esteban (2010). *El retorno de las caracolas*, poesía. Bogotá: Si Mañana Despierto Ediciones, 57 p.

Conocí a Wilfredo Esteban Vega Bedoya en Tunja, cuando él tenía dieciséis años. Cursaba el primer semestre de Lenguas Modernas en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, UPTC; para ese entonces ya amaba las letras y, sobre todo,

la poesía. Era alto y flaco, entreverado y resignado al duro páramo.

Acabo de leer su primer libro de poemas *El retorno de las caracolas*, editado por la Corporación *Si Mañana Despierto*; un texto de 24 poemas cortos de buen aliento, y esencia musical que llevan consigo tonadas de cotidianidad desgajadas del universo Caribe; poemas herméticos que cantan y cuentan sobre un abismo de mar y de montaña.

El enunciador poético que se evidencia en estos versos, está refrendando el presente –sin ocultar que los eventos proceden de una niñez revuelta de guijarros y de imágenes cinematográficas de protuberantes colores– y no está interesado en castigarnos en su pasado, sino que teje un recuerdo lúcido y certero para no lamentarse de lo que no pudo ser. El focalizador es Esteban/niño quien recuerda sonidos como el chancletear de su padre Anselmo cuando salía del baño, de su madre fundiendo colores e inventando una bebida, almíbar que endulzaría el corazón del poeta: el tutifrufruti, la jerarquía del color fuerte del Caribe que se desgajaba en sus manos mágicas, recreando un nuevo sabor.

La poesía se levanta en los ojos refulgentes de Josefina, morena tierna de la camada de los poetas que dicen y hacen lo que sienten. La poesía

no pedía permiso entonces para levantarse y soplar vida, crear universos azules y verdes de playas moderadas por tonadas de olas. Ya la poesía tenía su propio rumbo; aunque no estaba tejida de palabra en palabra, quería lucir su verdadero traje. La misma Josefina la vestía, la preparaba con agua, cebolla, ajo y pan, además de una deliciosa sopa con reservas mediterráneas; calducho humeante que sofocaba el ambiente y calentaba el espíritu hasta producir la acertada imagen.

La poesía subía lentamente a los Andes y la memoria hundía sus raíces en el miedo, el pavor, la zozobra y la soledad de un frío atroz que congelaba los huesos. Absurdamente la poesía cada día era más real, se levantaba en la mañana y se acostaba tarde, rumiando los diferentes olores de la sal marina que viaja en la sangre del poeta.

El niño, ya adolescente, había hecho un periplo de cinco años en Tunja conociendo a Whitman, a Borges, a Huidobro, a García Lorca, a Lezama Lima, a Paz, entre otras muchas voces que señalaban el derrotero de cómo capturar imágenes de las más profundas realidades del altiplano. Las relaciones entre el Caribe y los Andes no se hacen esperar; el escudriñar, la capacidad de observación y de vivencias duras y fuertes fue configurando los materiales con los cuales está hecho *El retorno de las caracolas*. Entre más lejos estaba del Caribe, más cerca estaba el poeta de construir unos versos identitarios y que lo hundirían en el vasto mundo de la memoria.

El poeta empieza a comparar los dos mundos porque deviene en él la posibilidad del regreso, del retorno, como se evidencia en este poema titulado “Retorno” (p. 24):

Quienes escuchan
Chancletear en las tardes
Al viejo Anselmo,
Sueñan
Con el color azucarado
De sus manos.

Se había escapado desde la infancia el dulce sabor de la paternidad. De vez en cuando le venían el olor y el suave viento, o el murmullo del Sinú; una mano recia y despierta de calor, y la añoranza del juego de béisbol con el padre. El deseo de recuperar el tiempo perdido es la memoria desnudando

las fragancias pálidas de un reencuentro. Los dulces de la inocencia querían repatriar el amor fugado desde entonces. En el verso se erige el coraje necesario y el carácter para cerrar un capítulo del pasado que venía como una fragancia natural.

El enunciador poético profesa una sinceridad absoluta cuando deja traslucir al hombre solitario, como se revela en el poema “Hombre salitroso” (p. 41):

La casa de mamá no ha perdido su olor
A colonia de infancia
Ni ha cambiado su fisonomía del collage,
Manoseo de albañiles
Puteros de sus piel.

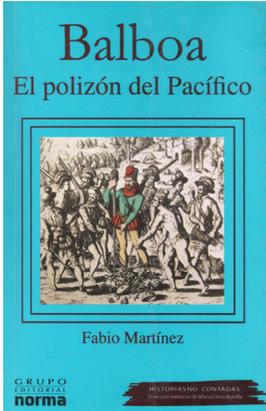
Existe la necesidad de volver a su centro, el factor de identidad, volver hacia sí mismo. Confrontar la memoria y el recuerdo, recuperar el tiempo y vivir con intensidad el presente. La infancia detenida y guardada, la llama de un silencio apretado, reconocer con todos los sentidos los espacios dormidos. El hecho de asumir el riesgo de pensar que nada ha cambiado, que todo es reconocible y que, si algo ha cambiado, seguramente somos nosotros mismos.

Los poemas de *El retorno de las caracolas* reflejan la vida dura y ardua del poeta que enuncia con fervor lo que se le ha escapado entre los dedos. La infancia es revisada como un costal que pesa y le apuesta a pulir y reparar el tiempo, como si fuera posible entonces desandar un futuro.

Si algo ha llamado mi atención en esta experiencia lectora es la confrontación que hace el enunciador poético consigo mismo. Es difícil apartarnos de una vivencia que casi registramos como nuestra. Estos poemas nos traen pequeñas ráfagas de paraísos perdidos que el poeta reconstruye a través del lenguaje poético. Nos identificamos con él y viajamos en sus brazos.

Pienso que, en este caso, el poeta nos involucra demasiado y no nos podemos zafar de esa madeja de imágenes y voces; al final de la lectura no nos podemos sacudir, pues ya hemos caído en la trampa. De cierta manera compartimos su aliento. Cada poema tiene su autonomía y, desde ese carácter único, despliega una verdadera receta de la condición humana.

Balboa el polizón del Pacífico: Cuando la historia se vuelve ficción



Gabriel Alberto Ferrer Ruiz

Universidad del Atlántico

Martínez, Fabio (2007). *Balboa el polizón del Pacífico*. Bogotá, Editorial Norma, 175 p.

Ha llegado a mis manos, para que la evalúe como par académico, una novela del narrador caleño Fabio Martínez, titulada *Balboa el polizón del pacífico*. Quiero compartir contigo, estimado lector, las impresiones que me produjo esta obra, no muy extensa, pero tejida con un lenguaje exquisito y con una envidiable sutileza. En otras palabras, una escritura diáfana, en la que es imposible encontrar errores prosísticos. Señalo que se trata de una narración serena que puedes engullir de una manera voraz si, en verdad, quieres también escribir la historia, es decir, ejercitarte como escritor al tiempo que lees.

La novela aparece orientada por un epígrafe de Cervantes en el cual se deja leer entre líneas la ambición del ser humano cuando se arroja a un sueño. Cuando empieces a leer la novela encontrarás pequeños capítulos con sus respectivos nombres; en cada uno de ellos se describe la acción al mejor estilo de Cervantes. Luego, de la mano del gran cronista y narrador Gonzalo Fernández Oviedo, Alias el Valdéz, empieza la magia a abrir un espacio poético a través de una carta que éste escribe al ilustre cardenal de España Don Fray García Gofre de Loaysa, presidente del “Consejo de las Indias, islas y tierras firmes de la mar Océana”. Al final nos encontramos con un epílogo donde la novela se “muere la cola”.

Debo confesar, como lector, que la historia seduce a pesar del conocimiento previo que ya tenía del lugar histórico del conquistador Balboa; es quizá esto, lo que le da más validez a la verosimilitud del relato. Lo que interesa aquí, es la imaginación que despliega el novelista a la hora de

diseñar a un personaje que la historia oficial ha dado a conocer. El acto de ficcionalización nos atrae como lector porque remonta a la época de la conquista y la contemporaniza. Pienso que Fabio Martínez no está interesado en enderezar los entuertos de la historia a través de la ficción, sino más bien, en fundar un lenguaje poético poderoso para que la historia misma conserve su novedad en el modo de contarla.

La trama de la novela es sencilla. Balboa es mostrado por el narrador como un hombre que va rediseñando su bajo perfil, desde que se embarca en España, hasta cuando llega a Urabá con su perro Leoncico. La primera muestra de sincretismo es él mismo, cuando convive con la indígena Anayanci, y tiene con ella un hijo llamado Juan, el primer mestizo de América. Es el primer Alcalde de Santa María la Antigua del Darién, la primera ciudad estable fundada en tierra firme americana.

Finalmente Balboa sucumbe ante las intrigas y deslealtades de Pedrerías. Evidente es la ambición de los españoles, quienes buscan hacerse ricos de cualquier manera, por encima de la fundación de un país o de un sueño que los arrastró a la codicia y a la muerte.

Pienso que lo que le seduce al novelista es la condición humana del personaje, su complejidad, su fuerza. Creo que no se trata de mostrar a Balboa como el español bueno con el que cometieron injusticias, sino de evidenciar la posibilidad de la trama misma, donde se vislumbran la miseria y la envidia del otro, las “pequeñas miserias de la vida”, como alguna vez dijo Borges.